

Xosé M. Núñez Seixas
y Oleg Beyda (eds.)

Un ruso blanco en la División Azul

Memorias de Vladímir Kovalevski (1941)



Un ruso blanco en la DivisiónXosé Manoel Núñez Seixas & Oleg
Azul Beyda

UN RUSO BLANCO EN LA DIVISIÓN AZUL

MEMORIAS DE VLADÍMIR KOVALEVSKI

OLEG BEYDA, XOSÉ MANOEL NÚÑEZ SEIXAS



Xosé Manoel Núñez Seixas es doctor en Historia Contemporánea por el IUE (Florencia) y catedrático de la misma materia en la Universidad de Santiago de Compostela; entre 2012 y 2017, también lo fue de la Universidad Ludwig-Maximilian de Múnich. Su trabajo se centra en la historia comparada de los movimientos nacionalistas y las identidades nacionales y regionales, así como el estudio de la emigración transoceánica, y la historia cultural y social de la guerra en el siglo XX. Entre sus libros más recientes se encuentran *Camarada invierno. Experiencia y memoria de la División Azul, 1941-1945* (2016); [con J. Moreno Luzón] *Los colores de la patria. Símbolos nacionales en la España con-*

temporánea (2017) y *El frente del Este. Historia y memoria de la guerra germanosoviética* (2018).



Oleg Beyda estudió Ciencias Políticas en la Universidad Estatal Rusa de Humanidades (2013) y en la actualidad es doctorando en Historia en la Universidad de Nueva Gales del Sur, Canberra (Australia). Su tesis trata sobre los exiliados rusos blancos que se enrolaron en la Wehrmacht durante la guerra germano-soviética. Es autor de dos capítulos en el volumen de D. Stahel (ed.), *Joining Hitler's Crusade: European Nations and the Invasion of the Soviet Union, 1941* (2017), y de varios artículos en revistas como el *Journal of Slavic Military Studies* y *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas*.

Este libro recoge las memorias inéditas -con edición, estudio introductorio y notas de los historiadores Xosé M. Núñez Seixas y Oleg Beyda- del exiliado ruso blanco Vladímir Ivánovich Kovalevski (1892-?), quien tras servir en la Legión Extranjera francesa recaló en España en 1938 como voluntario en las filas franquistas. Tras establecerse en San Sebastián, en junio de 1941 se alistó como voluntario e intérprete en la División Azul. Desde su perspectiva de veterano anti-comunista y patriota ruso, Kovalevski muestra en sus memorias su pronta decepción con el proceder de la Wehrmacht en Rusia como ejército ocupante, y adopta una postura crítica hacia el comportamiento de los soldados de la División Azul y sus mandos -desde el general Muñoz Grandes hasta Fernando Castiella, posterior ministro de Asuntos Exteriores franquista. Describe igualmente con ironía los problemas de indisciplina, rivalidades internas, pillaje y abusos contra la población civil -en particular las lógicas de la lucha contra los partisanos- llevadas a cabo por guardias civiles convertidos en policías militares. Como observador que percibía las perspectivas divergentes de ocupantes y ocupados, el autor también narra los sufrimientos que tuvo que soportar el pueblo ruso bajo la ocupación. Kovalevski volvió a España en abril de 1942, deprimido y devorado por sus contradicciones. Diez años después redactó estas memorias. Ofrece en ellas una perspectiva muy novedosa de la experiencia de la División Azul, pero también de la guerra germano-soviética en conjunto.

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: abril de 2019

© Xosé M. Núñez Seixas y Oleg Beyda, 2019

© de la traducción del ruso de las memorias
de Vladímir Kovalevski: Jorge Ferrer Díaz, 2019

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Imagen de portada: © Archivo General de la Administra-
ción

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-17747-54-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunica-
ción pública o transformación de esta obra sólo puede rea-
lizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excep-
ciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Espa-
ñol de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún
fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19
70 / 93 272 04 45).

1

INTRODUCCIÓN. EL EXILIO RUSO BLANCO, LA GUERRA DE ESPAÑA Y LA DIVISIÓN AZUL (1920-1945)

Xosé M. Núñez Seixas
Universidade de Santiago de Compostela

Oleg Beyda
Universidad de Nueva Gales del Sur, Camberra

EL EXILIO RUSO DE 1920-1921 Y LA DIÁSPORA MILITAR DEL EJÉRCITO BLANCO

La conversión del Imperio zarista en el nuevo Estado soviético estuvo marcada por una violenta sucesión de guerra mundial (1914-1918), revolución (1917) y guerra civil (1917-1922), que se cobró millones de vidas humanas.¹ Los perdedores del conflicto interno contra los comunistas o bolcheviques, los llamados *rusos blancos*, una etiqueta bajo la que se refugiaba una gran variedad de facciones políticas, grupos étnicos y sociales, protagonizaron a continuación un exilio de gigantescas proporciones. Según varias estimaciones, tras la revolución de octubre de 1917 abandonaron las fronteras del antiguo Imperio ruso unos dos millones de personas, bien a través de Finlandia y Noruega, bien desde los países bálticos hacia Europa central. Otra ruta de salida fue el mar Negro. Un momento crucial del éxodo fue la derrota del Ejército Blanco dirigido por el general Piotr N. Wrangel, que abandonó la península de Crimea en noviembre de 1920. Una flota de varias decenas de barcos, que transportaba a 150.000 personas, incluyendo hombres, mujeres y niños, zarpó con rumbo a lo desconocido.²

Tras la evacuación del Ejército Blanco, parte de la flota se quedó en los Dardanelos, mientras que otros navíos y unos 5.600 hombres se acogieron a la protección francesa en el puerto tunecino de Bizerta. Los cosacos, unidad de élite que sumaba casi 50.000 hombres, fueron confinados en la isla griega de Lemnos por las autoridades francesas

hasta octubre de 1921, mientras que el Primer Cuerpo de Ejército, alrededor de 26.000 hombres, se dirigió a la península de Galípoli, donde también fueron internados en un campo improvisado. Los civiles fueron instalados en parecidas condiciones cerca de Estambul.³ A pesar de las penalidades, los *guardias blancos* convirtieron su internamiento y derrota en un símbolo: una profecía autocumplida de que la lucha continuaría. Surgió así el «espíritu de Galípoli», una mesiánica conciencia de ser combatientes irreductibles.⁴ Muchos de ellos abandonaron el campo ya a fines de 1920.⁵

Los integrantes del Ejército Blanco, al igual que miles de civiles rusos, se dispersaron de forma progresiva. Primero, buena parte de sus miembros se refugiaron en Bulgaria y Yugoslavia; desde allí continuaron su emigración hacia el oeste, tanto a Checoslovaquia como a Europa occidental y el resto del mundo. El núcleo principal del exilio blanco fue Francia, donde hacia 1930 residían entre 100.000 y 200.000 expatriados rusos, en buena parte concentrados en París. Lo que quedó del Ejército Blanco constituyó la base de una organización peculiar, destinada a preservar sus cuadros de mando, aunque buena parte de sus miembros retornaron a la vida civil: la Unión de Servicios Armados Rusos (*Russkii Obschshe-Voinskii Soiuz*, ROVS), fundada en Yugoslavia por el propio general Wrangel en septiembre de 1924, que integraba grupos preexistentes, como la Sociedad Galípoli creada tres años antes. Su objetivo no sólo consistía en mantener la cohesión del bando blanco: pretendía velar armas para que los exiliados pudiesen, en algún momento, enrolarse en una nueva guerra contra la Unión Soviética. De hecho, bajo sus siglas se camuflaba un ejército desmovilizado de voluntarios, unido por fuertes lazos de camaradería.⁶

La ROVS adoptó el sistema de *otdely* (secciones), unidades administrativas que se dividían en subsecciones, dotadas de su propia jefatura y mandos. Cada una de ellas cubría un país o grupo de países en los que residía una comunidad de exiliados rusos: la Primera Sección abarcaba Fran-

cia, Italia, los Países Bajos y África del Norte; la Segunda comprendía Alemania; la Tercera Sección actuaba en Bulgaria, la Cuarta en Yugoslavia, y la Quinta en Bélgica. Conforme se intensificó la dispersión territorial de los expatriados se fundaron subsecciones más pequeñas en Finlandia, Estados Unidos, Australia, Canadá, Brasil y Argentina.⁷ Cada sección mantenía un estrecho contacto con las organizaciones de base local fundadas por los soldados rasos del Ejército Blanco.⁸

Las organizaciones de veteranos eran también sociedades de socorros mutuos. Además de fomentar el espíritu de hermandad, buscaban trabajo y subsidios a los excombatientes y sus familias. Junto a asociaciones religiosas, profesionales y educativas (incluyendo universidades), pretendían ofrecer un ámbito de sociabilidad específico, en el que recreaban la nostalgia de su patria de origen. Con ese fin celebraban periódicamente fiestas y reuniones, y conformaron una esfera pública propia, articulada por cabeceras de prensa, lugares de sociabilidad, conmemoraciones y ritos.⁹ Los *guardias blancos* se consideraban a sí mismos como la última institución que quedaba en pie de la Rusia imperial: los expatriados serían la auténtica nación rusa.¹⁰ Frente a quienes habían permanecido en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), que se habrían convertido en soviéticos y habrían perdido sus tradiciones, empezando por la religión, los exiliados se veían a sí mismos como la reserva espiritual del porvenir de su patria.¹¹

No obstante, la vida de los exmilitares zaristas fuera de la comunidad era dura y prosaica. La gran mayoría de ellos, altos oficiales incluidos, tuvieron que buscar un trabajo en la vida civil. Su integración no fue fácil en las sociedades de acogida: sufrieron restricciones en sus derechos civiles y a menudo fueron considerados como apátridas, ya que se negaban a solicitar un pasaporte soviético. Para resolver su estatus legal, el diplomático noruego Fridtjof Nansen, al frente de la Alta Comisión para los Refugiados y Repatriados Rusos fundada en 1921 por la Sociedad de Naciones,

ideó un documento de identidad específico, conocido como «pasaporte Nansen» (1922).¹² En ciudades como París, Berlín, Praga y Estambul, que también albergaban una nutrida comunidad de inmigrantes eslavos y judíos de Europa oriental, los numerosos rusos blancos transformaron algunos barrios en auténticos enclaves étnicos. En la capital francesa, donde residían más de cien mil exiliados en los años treinta, los *blancos* se concentraban en distritos como el 15° y el 16°, así como en Boulogne-Billancourt -sede de las fábricas de Renault, donde trabajaron casi cinco mil obreros rusos-, Vincennes y otros lugares. Allí se desempeñaban como carpinteros, taxistas, camareros u obreros fabriles; en otras regiones, como en el norte de Francia y en Bélgica, fueron muchos los que se emplearon como mineros.¹³ Cuando se reunían, volvían a ser oficiales imperiales, desempolvaban sus viejos uniformes y ostentaban sus condecoraciones. Eran personajes característicos del Berlín o del París de entreguerras, lo que dio lugar a algunos brotes xenófobos en la opinión pública local; pero también despertaban curiosidad en los visitantes foráneos. Según una anécdota, acaso apócrifa, el general Francisco Franco, de paso por París en febrero de 1935, cogió un taxi cuyo conductor resultó ser un general ruso blanco. El encuentro habría hecho reflexionar sobre el peligro comunista al militar español.¹⁴

La gran diversidad ideológica, cultural y hasta étnica del exilio ruso blanco, dividido entre distintas facciones monárquicas, nacionalistas radicales, mencheviques, social-revolucionarias y otros grupos, perpetuaba la heterogeneidad que había sido un talón de Aquiles de su bando desde un principio.¹⁵ Empero, un elemento común a la mayoría de los excombatientes, a los *guardias blancos*, era el culto a la memoria de la guerra civil, así como su cosmovisión nacionalista e imperial rusa. Durante al menos dos décadas, buena parte de los oficiales exiliados consideraron que su propia guerra no había terminado. Esperaban por una definitiva «ofensiva de primavera», una intervención contra la UR-

SS. Pero los años pasaban y el Estado soviético, lejos de flaquear tras la muerte de Lenin (1924), se consolidó bajo Iósif Stalin.

En la década de 1930 hubo intensos debates en el seno del exilio ruso acerca de la estrategia a seguir. Las opciones eran dos: colaborar con potencias extranjeras interesadas en destruir el Estado soviético, u optar por una vía propia e independiente. Se conformaron entonces dos bandos, «defensores» (*oborontsy*) y «derrotistas» (*porazhentsy*). Los primeros consideraban lesa traición cualquier connivencia o colaboración con potencias extranjeras en una invasión de Rusia. Los segundos mantenían que cualquier medio sería legítimo, incluida la colaboración con aliados foráneos, para alcanzar el objetivo principal, la destrucción del Estado soviético. Muchos oficiales daban prioridad a una alianza con Gran Bretaña, y hubo contactos con Finlandia; para otros, la cooperación con las potencias fascistas sería inevitable. La mayoría de los oficiales exiliados y de los afines a los círculos monárquicos y de derecha radical eran partidarios de la vía derrotista.¹⁶ Rechazaban por absurda la idea de hacer causa común con los soviéticos para defender Rusia; y su antibolchevismo visceral era un acicate para participar en cualquier conflicto en el que se reprodujese la divisoria entre comunismo y anticomunismo.¹⁷ Ese camino, como veremos, llevó a algunos de ellos a España; y, por esa vía, a volver a su patria en las filas de un ejército de ocupación

Hasta julio de 1936 la presencia del exilio ruso en suelo ibérico había sido casi anecdótica. Desde 1917, los sucesivos gobiernos españoles mantuvieron una postura muy restrictiva hacia el ingreso de ciudadanos huidos de la revolución y la guerra en el conjunto del antiguo Imperio zarista. Se temía la infiltración de elementos revolucionarios, fuesen bolcheviques, mencheviques o de otra orientación. El Estado español, por ello, nunca reconoció el pasaporte Nansen. Según el censo de población de 1930, residían en ese año en España un total de 171 rusos, 84 varones y 87 mujeres.

Se concentraban sobre todo en Barcelona y Madrid, además de en Valencia y Santa Cruz de Tenerife, y eran en su mayoría profesionales liberales, industriales y comerciantes; algunos se desempeñaron como traductores de literatura rusa. Su dispersión geográfica impedía que conformasen comunidades cohesionadas. Únicamente en Barcelona se reunían algunos aristócratas para practicar el culto ortodoxo en una capilla privada.¹⁸ A ellos se unían no más de tres o cuatro decenas de rusos que se habían alistado años antes en la Legión y residían en el Protectorado de Marruecos.

LA LUCHA CONTINÚA: LOS RUSOS BLANCOS Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Tras 1921, una buena parte de los oficiales rusos siguieron ejerciendo su oficio de militares cualificados y con acreditada experiencia de combate. Al igual que muchos alemanes desmovilizados y numerosos excombatientes del Ejército austrohúngaro, los *blancos* se convirtieron en aventureros trotamundos, que acumularon vivencias bélicas y civiles en diversos escenarios y continentes. Fueron así unos peculiares actores transnacionales del período de entreguerras.¹⁹ Los *guardias blancos* se enrolaron como voluntarios en otros ejércitos y se involucraron en variopintos conflictos bélicos, unas veces movidos por simpatías ideológicas, otras veces como simples mercenarios.

Por citar algunos ejemplos, cerca de un centenar de exiliados rusos comandados por el general Serguéi Ulagay participaron en diciembre de 1924 en el derrocamiento del Gobierno del presidente de Albania, Fan Noli -líder de la «revolución de junio» del mismo año-, a favor de su contrincante, Ahmet Muhtar Zogu, apoyado por Yugoslavia.²⁰ Varios cientos de rusos blancos, provenientes sobre todo de Siberia y Asia central, lucharon igualmente como mercenarios en Manchuria, región a la que habían huido algunos miles de exiliados desde Siberia, y el norte de China a favor de diversos «señores de la guerra» de orientación anticomunista.²¹ Unos setenta oficiales blancos, tras establecerse como colonos en Paraguay en 1924, combatieron por ese